
ALGUNAS REFLEXIONES FILOSÓFICAS EN TORNO AL MARGINALISMO. WILLIAM JEVONS.

Carlos Diego Martínez Cinca

Jefe de Trabajos Prácticos de Fundamentos de Filosofía
Facultad de Ciencias Económicas (U.N.C.)

INTRODUCCION.

El tema que nos ocupa en el presente trabajo presenta dos horizontes de proyección que conviene precisar desde el comienzo.

Un primer horizonte de nuestra investigación -que podríamos llamar *horizonte interno*- abarca un fenómeno de particular importancia para el desarrollo de la ciencia económica moderna: **las distintas teorías de la utilidad marginal**, que a pesar de haber sido elaboradas por economistas de muy diferente formación (académica y filosófica) y de haber recibido un tratamiento especial conforme a la orientación de las escuelas que dichos economistas contribuyeron a fundar, no obstante pueden agruparse bajo el común denominador de ***marginalismo***. Este denominador común les cabe en razón de varios motivos entre los cuales destacamos especialmente el de haber contribuido a corregir el camino equivocado que el análisis económico había tomado con Smith y Ricardo, si hemos de aceptar la autorizada opinión de J. A. Schumpeter¹. En efecto, un nuevo punto de vista en la historiografía del análisis económico que comienza a bosquejarse a partir de la Segunda Guerra Mundial, considera a Smith y a Ricardo no como fundadores de la Ciencia Económica, sino como los desviadores de la economía hacia un equivocado y trágico camino que los austríacos y los restantes

¹ SCHUMPETER, J. A. *Historia del análisis económico*. Barcelona. Ariel. 1994.

marginalistas retoman para recorrerlo bien. Murray Rothbard² sostiene que hasta entonces, solamente los despreciados escritores antiricardianos habían mantenido viva la tradición del valor subjetivo. Esta tradición tiene sin lugar a dudas sus raíces en los filósofos escolásticos, especialmente los españoles de fines del siglo XVI, como lo muestra un minucioso y poco difundido estudio de Grice-Hutchinson³. Sin embargo, estos pensadores habían sido descalificados bruscamente por el punto de vista clásico. El texto enciclopédico de Lewis Haney⁴ era todo un emblema: consideraba a los escolásticos como "medioevales" por su hostilidad al comercio y por sus creencias en las teorías del trabajo y del costo de producción como determinantes del justo precio; su fracaso en la comprensión del mercado obedecía a principios religiosos en función de los cuales el precio justo era aquel que cubría el costo de producción o la cantidad de trabajo incorporada al producto. El mismo Karl Marx fue visto por algunos como «el último de los escolásticos», como sucede en el caso de R. H. Tawney⁵. Pero el nuevo punto de vista revaloriza precisamente esta tradición del valor subjetivo, y ve en ella una verdadera proto-historia del análisis marginal llevado a cabo a fines del siglo pasado. Entre otros historiadores que sostienen esta visión, encontramos a Emil Kauder⁶, quien demuestra las raíces aristotélicas de los austríacos entre las distintas variantes del marginalismo.

En lo que concierne a nuestro trabajo, dijimos que el objeto de nuestra investigación es el **marginalismo**, en cuanto fenómeno singular del análisis económico de fines del siglo pasado. Y la perspectiva desde la cual lo abordaremos queda ya expresada en el título. Ensayar algunas reflexiones filosóficas en torno a un tema de la historia del pensamiento económico, supone elevarse en búsqueda de ciertos principios y causas de las que no se ocupa el "científico" de la economía y de su historia. En este sentido formulamos una sola pregunta, pregunta que si está bien formulada nos ahorrará penetrar en la inveterada discusión acerca de si la Filosofía tiene o no algo que decir a las ciencias particulares, sencillamente porque se trata de una pregunta a la que el economista o el historiador de la economía no pueden responder: **¿cómo es posible que economistas de tan diversa formación -como veremos-, herederos de influencias tan dispares y carentes de un recíproco y fluido intercambio de ideas, hayan podido coincidir, casi simultáneamente, en la formulación de una teoría que significó una verdadera revolución en la historia del análisis económico?** La respuesta sólo puede ir en una de dos direcciones posibles: o el evento ocurrió por azar... o existe en el fondo alguna razón que dé cuenta del fenómeno. Descartada la primera respuesta -que en verdad nada responde- hemos de buscar la solución por el otro camino. Y este segundo camino implica necesariamente dos cosas. En primer lugar

² ROTHBARD, M. N. *Nueva luz sobre la prehistoria de la Escuela Austríaca*. Serie Estudios, Sección Economía nº 107, F.C.E., Mendoza, 1978 (Traducción del Prof. Fernando Ruiz Moreno)

³ GRICE-HUTCHINSON, Marjorie. *The School of Salamanca: Readings in Spanish Monetary Theory, 1544-1605*. Oxford, Clarendon Press, 1952.

⁴ HANEY, Lewis H. *History of Economic Thought*, 4th edition. New York, Mac Millan Co., 1949.

⁵ TAWNEY, R. H. *Religion and the Rise of Capitalism*. New York, New American Library, 1954, pp. 38-39.

⁶ KAUDER, Emil. *Genesis of the Marginal Utility Theory: From Aristotle to the End of 18th Century*. *Economic Journal* 63 (Sept. 1953): 638-50.

requiere indagar por el punto de partida, las influencias y los supuestos que se encuentran a la base de los principales teóricos del marginalismo, a los efectos de comprobar si aquella divergencia de formación -que por el momento damos por supuestas- es real y efectiva, y en qué medida lo es. Una vez comprobado lo anterior, el segundo paso será decisivo para la satisfacción de nuestro objetivo, porque aquí es donde toca su límite el "pensamiento científico" -entendiendo por tal aquel que es común a todas las ciencias particulares al preguntar por las causas segundas o inmediatas de los fenómenos-. Dicho paso consiste en averiguar si la filosofía tiene o no algo que ver en aquella coincidencia final a la que arriban los teóricos del marginalismo. Con este problema comienza a delinearse el *horizonte externo* de nuestra investigación, que antes mencionábamos. La pregunta que nos guiará en ese ámbito de proyección es la siguiente: **¿de qué le sirve la filosofía al análisis económico?**, es decir, **¿qué sentido tiene plantearse cuestiones filosóficas en torno a problemas económicos?**

Sin pretender dar una respuesta por anticipado a esta segunda pregunta, es importante que desde el comienzo tengamos presente la opinión de Joseph Schumpeter al respecto, dado que ella se presenta verdaderamente como la tesis contraria de lo que nosotros pretendemos demostrar con nuestras reflexiones:

*«Creo que la vestimenta filosófica se puede quitar también en el caso de la economía: el análisis económico no ha sido nunca configurado por las opiniones filosóficas de los economistas, aunque sí ha sido frecuentemente viciado por las actitudes políticas de éstos... (1) La razón por la cual he acentuado tanto esta tesis de que la filosofía, en cualquier sentido técnico de la palabra, es **constitutivamente incapaz** de influir en el análisis económico, y realmente no ha influido en él, es que la tesis contraria resulta ser una de las fuentes más importantes de pseudoexplicación de la historia del análisis económico...»⁷*

Posteriormente agrega nuestro autor -en ocasión de analizar los trasfondos y estructuras generales del período 1870-1914, en que se localiza el fenómeno que nos ocupa- que ninguna de las escuelas filosóficas ni el pensamiento particular de algún destacado filósofo significó mayormente algo para los economistas de la época; significó menos incluso que en las épocas anteriores, dado que la economía se fue haciendo en este período más especializada y más técnica. En este sentido, reconoce que su opinión no difiere en nada de la de Marx, ya que no se puede **probar** que alguna filosofía haya influido en los economistas del período, en el sentido de que éstos llegaran, o dejaran de llegar, a una u otra conclusión analítica a la que habrían llegado -o por lo menos no harían ignorado- si no hubieran estado bajo la dirección de una filosofía determinada. Haciendo una kantiana distinción entre la razón teórica y la práctica, agrega Schumpeter que otra cosa es preguntarse por las influencias que la filosofía haya podido ejercer en esos economistas en tanto hombres y ciudadanos, en sus actitudes políticas y horizontes. En este sentido, la respuesta es admirablemente otra. Prácticamente todos los economistas de este período (1870-1914) procedían de familias burguesas y eran beneficiarios de una cuidadosa educación que en la mayoría de los

⁷ SCHUMPETER, J. A. *Op. cit.*, pp. 67-68.

países incluía un tipo de filosofía en la enseñanza secundaria, por lo que ya desde su juventud no pudieron evitar el estudio de la filosofía, aunque la hubieran odiado (pero la experiencia parece demostrar más bien todo lo contrario). El estudio de la filosofía - sostiene Schumpeter- hizo de ellos seres más civilizados e influyó algo en sus actitudes éticas y culturales, pero absolutamente nada en sus preferencias políticas y simpatías sociales. A esto se limita el contacto de la filosofía con el análisis económico, y dado que la verdad o la falsedad de esta afirmación en nada perjudica a una obra que se ocupa estrictamente de métodos y de resultados de análisis, el autor ya no vuelve a tocar más el tema en adelante.

Sin entrar de lleno -por ahora- en la cuestión, es imprescindible hacer dos observaciones que nos servirán luego como punto de partida en la solución a la segunda de las preguntas que nos hemos planteado. La primera de ellas es que el mismo Schumpeter -muy a su pesar- denota una marcada influencia filosófica. La segunda: sería muy difícil sostener, todavía hoy, un completo divorcio entre la ciencia pura y sus implicancias o influencias en el «mundo» de las relaciones humanas, intersubjetivas. Este anhelo se nos presenta hoy como resabio de una época -creemos ya superada- de confianza ciega en el poder de la razón, cuyos frutos demostraron la radical imposibilidad de separar la razón "pura" teórica, científica, de la razón práctica, moral y política. Semejante divorcio, a la luz de las cruentas experiencias de nuestro siglo, no puede menos que reflejar hoy la culposa complicidad del científico que se desliga de las implicancias o consecuencias de sus investigaciones, ya que si no acepta su responsabilidad por el «producto» de sus investigaciones, otros lo harán por él más tarde o más temprano.

Respecto a la primera de las observaciones que hicimos, Aristóteles mismo afirma que no se puede no filosofar, porque quien decide no plantearse cuestiones de las denominadas "filosóficas" y eludir el tema, ya tiene una filosofía propia, al menos en la negación -aunque sea por desinterés- del sentido último de todas las cosas. Pero más allá de esta primera observación, es fácil advertir que Schumpeter no niega a toda la filosofía aquella virtud de influir en el análisis del científico, sino aparentemente a la filosofía que podríamos identificar como *especulativa*, "metafísica". Así parece darlo a entender cuando señala:

«... hay un camino que lleva de la filosofía a la nueva lógica, y en particular a los Principia Mathematica (1911-1913) de Bertrand Russell y A. N. Whitehead. Y aquí habremos de detenernos. No se debería publicar jamás ninguna historia de ningún análisis, ni económico ni de otra clase, que no tuviera en cuenta los desarrollos aquí representados por el término "nueva lógica". Sin embargo, esto es precisamente lo que no puede hacer esta historia...»⁶

El planteo es claro: las abstractas especulaciones de los filósofos no le dicen nada al científico abocado al estudio de los fenómenos económicos. En cambio, las investigaciones lógicas y metodológicas del filósofo le proporcionan herramientas valio-

⁶ SCHUMPETER, J. A. *Op. cit.*, pág. 855.

sas para su análisis que el científico no puede dejar de lado. Pero esta fue la **idea central del neopositivismo del llamado «Círculo de Viena»**. Indagar el contacto de Schumpeter con esta escuela filosófica bien podría ser el tema de un futuro trabajo. Pero el tema que nos ocupa en el presente se circunscribe a los marginalistas, y a ellos debemos prestar nuestra atención. En consecuencia, desarrollaremos nuestra exposición en dos partes, conforme a los dos *horizontes de proyección* que señalamos al comienzo. La primera pondrá de relieve las diversas influencias filosóficas que convergen en uno de los principales autores de las teorías marginalistas. La segunda intentará darle solución al problema de si la filosofía ha tenido -y tiene- algo que ver en el análisis económico.

PRIMERA PARTE.

LAS INFLUENCIAS FILOSÓFICAS DE LOS PRINCIPALES MARGINALISTAS.

Lo primero que debemos hacer es especificar a qué autores hacemos referencia cuando hablamos de los *marginalistas* en general. Dado las limitaciones prácticas de nuestro estudio, hemos de restringir nuestro análisis a aquellos economistas que gozan de un indiscutido prestigio entre los historiadores del pensamiento económico, los cuales coinciden casi en forma absoluta en señalar que es a **Jevons, Menger y Walras** a quienes debemos reconocer como los modernos fundadores de la teoría marginal de la utilidad. La teoría de la utilidad marginal comenzó a ganar un lugar en la economía generalmente aceptada en la década de 1870, gracias al triple auspicio de estos tres economistas, que en forma independiente arribaron a posiciones similares en lo principal y a veces en los detalles, sostiene Stigler⁹. Este autor agrega que si bien Marshall fue un descubridor contemporáneo de la teoría, no la publicó hasta más adelante (en sus *Memorias*, año 1925). Para Henry W. Spiegel, fueron estos tres economistas académicos los que pusieron en marcha la revolución marginalista, renovando y modificando la principal corriente de la tradición económica en un proceso que había de durar varias décadas¹⁰. Los profesores Robert Ekelund y Robert Hébert, de la Universidad de Auburn, no dudan en colocar a cada uno de estos autores como cabeza de capítulo en su *Historia de la teoría económica y de su método*, sosteniendo que “*fue de hecho Carl Menger el líder de una verdadera revolución teórica, el fundador de una escuela de pensamiento y un polemista verbal por excelencia contra lo que él consideraba como los excesos del historicismo alemán*”¹¹. Finalmente, Schumpeter nos dice al comienzo del capítulo 5 de su *Historia...* que trata de la economía general del período 1870-1914:

⁹ STIGLER, George. *Historia del pensamiento económico*. Bs. As. El Ateneo. 1979, pág. 52.

¹⁰ SPIEGEL, Henry W. *El desarrollo del pensamiento económico*. Barcelona. Omega. 1984, pág. 591.

¹¹ EKELUND, R. & HÉBERT, R. *Historia de la teoría económica y de su método*. Madrid. McGraw-Hill. 1996, pág. 341.

«el núcleo analítico [de la economía general] ...experimentó una revolución propia que se remansaría en una situación clásica típica alrededor de 1900 y constituye en nuestro campo el tercer gran acontecimiento del período. Según una conocida tradición de la cual vale la pena partir, esta revolución tuvo en su centro la aparición y el ascenso de la teoría de la utilidad marginal (como teoría del valor), vinculada con los nombres de los tres destacados autores Jevons, Menger y Walras. Nos detendremos a rendirles homenaje...»¹²

Dado que no existen dudas respecto a la preeminencia de estos tres economistas en la elaboración de la moderna teoría de la utilidad marginal, y dado que no podemos tratar a los tres en los estrechos márgenes de este trabajo, decidimos analizar el caso particular de William Jevons en la convicción de que su caso nos bastará para ilustrar lo que queremos significar cuando hablamos de las influencias filosóficas que pesan sobre un autor. Confiamos en poder verificar los mismos resultados cuando en el futuro analicemos los casos de Menger y Walras, porque existen fuertes indicios de que la experiencia de Jevons no es del todo ajena a la de los otros autores. La razón que nos mueve a pensar en ello, como veremos luego, consiste en que más allá de las predilecciones y fobias de cada uno de los autores por determinadas "filosofías", influye en ellos una cierta *imagen del mundo*, un complejo o matriz de significaciones culturalmente pre-dada, que es la que en el fondo determina la evolución de la economía como una ciencia cada vez más "técnica" y especializada. En ello nos detendremos cuando extraigamos las conclusiones de nuestro trabajo.

1. El "tono vital" de la época (hacia 1870).

Si bien es cierto que resulta un tanto distorsionante presentar un único *Zeitgeist* ("espíritu epocal" o "tono vital" de una determinada época de la historia) ya que cada ser humano es una apertura singular al ser de las cosas, un *yo* único aunque "circunstanciado", sin embargo tiene mucha importancia el poner de manifiesto ese complejo «mundo» de relaciones en el cual ya y siempre el hombre experimenta el fenómeno de la intersubjetividad. No es el momento de tratar aquí un tema de los estrictamente "filosóficos", como es el caso de la *matriz de significaciones*, culturalmente pre-dada, que posibilitan y condicionan en general la comprensión del mundo y los fenómenos que lo constituyen: a ello volveremos cuando sea el momento de resolver el problema que nos plantea la segunda de las preguntas que nos hemos formulado. No obstante debemos decir que los economistas en cuestión eran hijos de una época muy particular de la historia europea, época que no pocos historiadores coinciden en identificar con el auge de la *civilización burguesa*. El arte en sus más variadas expresiones, las costumbres sociales y las diversas ideologías en materia jurídica (especialmente penal) y filosófica reflejan los esfuerzos de una clase social -la burguesía- por consolidar una situación de dominio y control sobre las clases desplazadas y menos favorecidas. Veamos un ejemplo.

¹² SCHUMPETER, J. A. *Op. cit.*, pág. 903.

Es sabido que el capitalismo incipiente de la primera revolución industrial se enfrentó con el trágico problema de la *necesidad de acumulación* del capital en pocas manos a ritmo creciente. La pérdida de la propiedad privada rural -como ocurrió en el siglo XIX en Inglaterra al imponerse coactivamente el costoso alambrado en todas las parcelas, por pequeñas que fueran- originó el desplazamiento de los pequeños propietarios hacia los centros urbanos. Concentrados masivamente en las ciudades, desocupados y hambrientos por la insuficiente demanda de mano de obra, y peligrosamente cerca de las fuentes de la riqueza, los desposeídos comienzan a ser una amenaza para los propietarios de los medios de producción. Es entonces cuando comienzan los debates en torno a los sistemas carcelarios y a los fines y régimen de las penas. El derecho penal experimenta una evolución notable comparada con el estancamiento de los siglos anteriores, y se concibe la idea de la «cárcel-fábrica» como un medio de entrenamiento de la población menesterosa para los cánones productivos de la sociedad capitalista. **Jeremy Bentham**, filósofo de una incontrastable influencia en los autores que estudiamos (Jevons en especial), proyecta su famoso *panóptico*, especie de penal en forma de polígono, con una torre en su centro hacia donde convergen todos los pabellones, y en la que un solo guardia podía controlar toda la población penitenciaria con el mínimo de esfuerzo que implica el girar la cabeza. Este es un claro ejemplo de los diversos usos que un "paradigma" -en este caso el *utilitarista*- puede tener aún fuera del campo de lo estrictamente filosófico¹³.

En lo que respecta al arte, la falta de un estilo propio refleja también un modo de ser de la burguesía, preocupada solamente de los aspectos esenciales de la producción y el comercio. Es un hecho que las clases empresariales y profesionales vivían por lo general en casas feas que deshonraban los elementos de estilos pasados pesadamente combinados en ellas. Los muebles y los cuadros eran todos semejantes y vulgares -como corresponde a la producción en serie a la que hoy nosotros mismos no somos ajenos- y los libros de su gusto versaban sobre las más diversas vulgaridades, exceptuados aquellos que provenían del campo científico profesional. Todo esto nos ayuda a comprender el "tono de la época", el marco existencial en el que se desenvuelven nuestros autores y que inevitablemente condiciona la apertura del hombre a su mundo.

También es útil y necesario considerar la "visión del mundo" que impera en una determinada época, ya que ella nos refleja la luz con que los hombres miran las cosas que los rodean. En ese "proyectarse" sobre las cosas aparecen las "ideas", que le permiten al hombre -en tanto "formas" de las cosas- comprender y relacionar los fenómenos que observa. Así penetramos en el ámbito más propio de nuestro trabajo, al intentar poner de manifiesto las "ideas" que prevalecen hacia 1870 y en las que **son educados desde temprana edad** nuestros economistas. Pasando por alto ciertas sublimaciones y evasiones, Schumpeter sostiene que prevalece en general la *ética utilitarista* -centrada en el servicio a la sociedad en sentido utilitarista- y en el terreno estrictamente "filosófico" un materialismo más evolucionista que mecanicista, al estilo

¹³ Cfr. ZAFFARONI, Eugenio. *Manual de Derecho Penal. Parte General*. Bs. As. Ediar. 1991.

darwiniano¹⁴. En la mayoría de los casos la religión se suprime tácitamente, en vez de renegar de ella expresamente, sustituyéndola más bien por una "actitud", tal como la denomina Alfred Marshall, uno de los principales economistas del periodo. Esta "actitud" preservaba en general la herencia cristiana y no era hostil, en líneas generales, a la fe abandonada ni a las iglesias que la enseñaban. J. M. Keynes recuerda en un pasaje de sus *Essays in Biography*, a propósito de Marshall, que en el ambiente intelectualista de Cambridge este proceso se operó amablemente y sin frases agrias, con el único agregado de que, a diferencia de otros economistas continentales, los ingleses habían sido formados en un profundo conocimiento de la teología anglicana y con obligaciones concretas para con ella -dado las constituciones de los *colleges* de Cambridge y Oxford-. Esto supuso un forcejeo consciente, al menos en el caso de Marshall, que no se dio en otros autores más bien indiferentes a la cuestión.

Las influencias estrictamente filosóficas que pesan sobre nuestros autores han de buscarse ante todo en la enseñanza común que todos ellos reciben en los liceos y *colleges*, generalmente último contacto cercano de los economistas con las ideas filosóficas. Hemos dicho anteriormente que todos ellos provienen de familias burguesas y se instruyen en colegios "acomodados" en que reciben una instrucción filosófica que luego veremos con más detalle.

2. Jevons (1835-1882)

Quizás sea el caso de William Stanley Jevons el más atípico de los tres, porque a causa de problemas financieros ocasionados por la bancarrota de los negocios familiares en 1848, y ante la oferta de un trabajo remunerado como ensayista en la Casa de la Moneda de Sydney, decide interrumpir su formación y trasladarse a Australia a la temprana edad de dieciocho años. Había nacido en el seno de una cultísima familia de no conformistas perteneciente al patriciado comercial de Liverpool, en la que la economía y los problemas sociales se discutían a menudo. Con todo, la primera formación que recibió en el *Univerity College of London* fue técnica (incluyendo matemáticas, biología, química y metalurgia), y los temas e instrumentos de su primera formación impregnaron toda su carrera intelectual, que retomó cinco años más tarde en la Universidad de Londres al regresar a su patria¹⁵. La prueba de lo que afirmamos está en sus trabajos sobre lógica: partiendo de la lógica de Boole, lógico y matemático inglés (1815-1864) desarrolló lo que llamó "lógica combinacional", aplicable únicamente al cálculo proposicional, que sirvió como libro de texto de sucesivas generaciones de estudiantes de diversas partes del mundo. Entre las anécdotas de su vida se encuentra la de haber sido el primer constructor de una *máquina lógica*, antecedente remoto de nuestras computadoras. Los *Principios de las Ciencias*, publicados en 1874, revelan un intento por unificar las ciencias muy del gusto "positivista" de la época, obra en la que Jevons no se interesa tanto por la práctica de las ciencias particulares como por una

¹⁴ SCHUMPETER, J. A. *Op. cit.*, pág. 848.

¹⁵ Los datos biográficos de los autores están tomados principalmente de las citadas obras de EKELUND & HÉBERT y H. SPIEGEL.

teoría del pensamiento científico. Recordemos que en la ya referida opinión de J. A. Schumpeter, este es el único sentido en que la filosofía de la época influyó "positivamente" sobre los economistas y científicos. Tampoco debemos dejar de tener en cuenta que Jevons trabajó en el *Owens College* de Manchester, hoy Universidad de Manchester, en el que a partir de 1866, cuando sus escritos hubieron difundido su fama, se desempeñó como **profesor de lógica, filosofía mental y moral, y economía política**. Si Jevons enseñaba filosofía en el colegio, lo menos que debemos suponer es que preparaba sus clases acudiendo a determinados autores, compartiese o no sus ideas. Pero entonces el divorcio entre la filosofía y la economía, al menos en Jevons, no parece haber sido tan drástico. Desde la filosofía moral que aprendió como estudiante hasta la que tuvo por fuerza que enseñar como profesor, Jevons tuvo que vérselas necesariamente con Bentham, y sin hacer una profesión de fe absoluta en su utilitarismo, consideró sin embargo a la economía como «un cálculo del placer y del dolor». H. Spiegel nos dice que la teoría de la utilidad de Jevons contiene **frecuentes referencias a Bentham**, y que siguiendo el pensamiento de éste fue como Jevons consideró a la economía de aquella manera. Consideraba por su parte que la economía requiere un tratamiento matemático porque trata con cantidades, y al ser éstas objeto de continuas variaciones, reconoce la necesidad de la representación gráfica de las mismas y el empleo del cálculo diferencial para sus magnitudes infinitesimales.

Creemos con H. Spiegel que *la confianza de Jevons en las formas de razonamiento matemáticas refleja su anterior formación científica y su deseo de aplicar a la economía los mismos métodos que habían resultado tan fructíferos en la física y en la química*. Nada debe extrañarnos esta pretensión de matematizar las ciencias, porque la misma arranca dos siglos antes con René Descartes, quien toma de la geometría los elementos fundamentales de su *método* y lo aplica a la filosofía. Con mayores o menores esfuerzos -muchas veces inconscientes hasta para sus mismos autores- este afán de asimilar las diversas ciencias a la matemática obedece a la cautivación por la exactitud apodíctica de su método, y aun representa una importante tendencia en la historia de la filosofía moderna, vigente incluso en la pretensión de Husserl de «*fundar la filosofía como ciencia estricta*».

A la objeción de que las unidades de placer o de dolor son difíciles de comprender y de que dichas sensaciones del corazón humano no pueden medirse directamente, Jevons replicaba que los efectos de dichas sensaciones pueden observarse en las transacciones comunes de la vida económica cotidiana, y que es a partir de los **efectos cuantitativos** de dichas sensaciones de los que debemos calcular sus cantidades comparativas.

«...Una unidad de placer o de dolor es difícil aun de concebir; pero es la magnitud de estos sentimientos la que nos está incitando continuamente a comprar y a vender, a endeudarnos y prestar, a trabajar y a descansar, a producir y a consumir, y es de los efectos cuantitativos de los sentimientos que debemos estimar sus magnitudes comparativas. No podemos conocer más ni medir la gravedad, en su propia naturaleza, de lo que podemos medir un sentimiento; pero, de la misma manera que medi-

mos la gravedad por sus efectos en el movimiento de un péndulo, podemos estimar la igualdad o desigualdad de los sentimientos por las decisiones de la mente humana...»¹⁶

Como puede apreciarse en este pasaje, Jevons entiende el cálculo del placer y del dolor en forma análoga al cálculo matemático de la fuerza física de la gravedad. Sin embargo, el utilitarismo de Jevons no era absoluto en el sentido de que la maximización del placer, que él decía ser el problema de la economía, hubiera de dejar de lado todas las demás consideraciones, ya que distingue entre el cálculo de utilidad, que es el objeto de la economía y el más elevado cálculo del bien o del mal moral, supeditando el primero al segundo. Sólo en asuntos moralmente indiferentes había de ser el cálculo de la utilidad la regla suprema.

En lo que a nosotros nos toca averiguar, es muy importante atender a los escritos y correspondencia personal de Jevons, ya que en ellos encontramos una sincera confesión de la originalidad de su obra. Raramente se ha visto un autor que fuera más generoso en el reconocimiento de la prioridad de otros autores, tanto anteriores como contemporáneos, en temas de análisis. En 1874 inicia Jevons un intercambio epistolar con Léon Walras, en ocasión de la publicación de los *Elementos de economía política pura* de este último, que lo lleva a indagar las líneas trazadas por otros autores en la dirección que él había seguido casi por cuenta propia. El resultado de esto fue la publicación de una lista de trabajos «matemático-económicos», redactada originalmente por Jevons, pero corregida por Walras. En el prólogo a la segunda edición de la "Teoría de la economía política" (1879), Jevons deja entrever su sorpresa por el hallazgo de numerosos precursores de su obra, pero que sin duda, él desconoció a la hora de desarrollar su análisis:

«...Con el paso de los años, sin embargo, mi conocimiento de la literatura de economía política se ha ampliado mucho, y las indicaciones de amigos y corresponsales me han dado a conocer la existencia de obras muy notables que anticiparon más o menos los puntos de vista sostenidos en este libro. Mientras preparaba esta nueva edición, se me ocurrió intentar el descubrimiento de todos los escritos existentes de esta clase...»

En el proceso de clasificación e identificación de escritos anteriores, Jevons se enfrentó al hecho de que su propia obra no era muy original. Cournot se había anticipado en la expresión matemática; Cournot, Lardner y Dupuit en la teoría de la empresa; y Dupuit y Gossen en la teoría de la utilidad. Pero así como confiesa dignamente su decepción por este descubrimiento, así también reconoce sinceramente sus facultades y talentos, por virtud de los cuales pudo llegar en forma individual a las conclusiones originales de su análisis.

¹⁶ JEVONS, W. S. *Teoría de la Economía Política*. México. Fondo de Cultura Económica, pág. 11 (citado por EKELUND & HEBERT, *Historia de la teoría económica y de su método*, pág. 377).

Jevons no era muy dado al trato social, y parece que esto hizo de él un personaje difícil y solitario aun en el ámbito profesional. En una carta que escribe a su hermana Lucy desde Australia, se atreve a confesar y hasta justificar su famosa introversión y el carácter poco amistoso y social que lo caracterizaba. En ella se jactaba de que, «con una ligera excepción», no había ido nunca a una fiesta y que por fin había conseguido «convencer a todos los amigos de que es inútil invitarme». Precisamente este carácter introvertido que poseía era para él un signo de su talento, y hasta un estímulo para el desarrollo de una actividad netamente científica y de una vida consagrada al estudio. En aquella carta le confesaba a su hermana:

«...La soledad, sin duda, produce una clase de mentes y de caracteres, y la sociedad produce otra; esta última puede proporcionar agilidad de pensamiento y algunas otras cualidades vistosas, pero tiene que tender a interrumpir una formación del pensamiento más extensa y más valiosa, y destruye gradualmente el hábito de continuarla, mientras que la soledad promueve la reflexión, la independencia y la originalidad. Creo que poseo estas cualidades en mayor o menor medida, y por tanto, en principio, no lamento que mis hábitos hayan sido los que tú sabes...»¹⁷

Uno de los mejores biógrafos de Jevons, J. M. Keynes, nos brinda una imagen del mismo cercana a la del genio introvertido que nunca quiso tomar contacto con sus colegas, pero que en el fondo aspiraba a influir positivamente en ellos. Esto explica para Keynes la dificultad que tenía Jevons para trabajar en equipo y la ausencia de seguidores importantes que continuaran su obra. En uno de sus escritos cita al profesor Foxwell, colega de Jevons pero menos famoso que él, que sostenía que «nunca había habido un conferenciante peor, la gente no iba a sus clases, él trabajaba según sus inspiraciones (a modo de fogonazos), y no podía acabar nada de lo que comenzaba», y agregaba luego en un tono de voz diferente: «lo único que le sucedía a Jevons es que era un genio...»¹⁸.

Como muestra final de su personalidad y de los supuestos en que se apoya su pensamiento, podemos leer un pasaje clave de su correspondencia con su hermana Henrietta, de 1858, que nos manifiesta claramente la firme creencia jevonsiana de que todas las ciencias, incluida la economía, son un despliegue de los principios lógicos que gobiernan el entendimiento humano:

«...Existe una multitud de ramas del conocimiento, relacionadas entre sí y con la condición humana; la relación de éstas con la economía política es análoga a la relación entre la mecánica, la astronomía, la óptica, el sonido, el calor y todas las ramas que forman más o menos parte de la ciencia física, con la matemática pura. Tengo una idea, que no tengo inconveniente en exponerte, de que mi intuición en lo tocante a los fundamentos y la naturaleza del conocimiento del hombre es más

¹⁷ *Letters and Journal*. H. A. Jevons (ed.). Londres, Macmillan, 1886, pp. 85-86.

¹⁸ KEYNES, J. M. *William Stanley Jevons, 1835-1882: A Centenary Allocution on His Life as Economist and Statistician*. *Journal of the Royal Statistical Society*, vol. 99 (1936), pp. 516-548.

profunda que la de la mayoría de los hombres o de los autores. De hecho, creo que tengo la misión de aplicarme a estos temas, y mi intención es hacerlo...»¹⁹

Todo esto nos muestra una personalidad muy particular en la que el intercambio y la confrontación con otros profesionales parece haber sido exigua, favoreciendo el despliegue de las intuiciones más originales de su propio espíritu. En el despliegue de esas intuiciones originales se deja ver **la influencia del utilitarismo de Bentham y la aplicación del análisis matemático** al mismo, conforme a la sólida formación técnica que nuestro autor había recibido. Es absolutamente cierto que Jevons podría haber arribado a las mismas conclusiones en lo que a la teoría de la utilidad marginal respecta sin necesidad de haber estudiado a Bentham y aun sin necesidad de una sólida formación matemática. Menger parece no haber sido tan sólido en matemática como Jevons, y no obstante también formula una teoría similar del valor subjetivo. Pero también es cierto que en el caso concreto de Jevons no podemos dejar de lado esas influencias, porque estaríamos hablando entonces de un Jevons distinto del que realmente existió.

SEGUNDA PARTE.

LAS PERSPECTIVAS FILOSÓFICAS DEL MARGINALISMO.

Nos toca abordar ahora el problema que planteamos con respecto a la tesis schumpeteriana de la no influencia de la filosofía en el análisis económico. Como se recordará, lo que J. A. Schumpeter sostiene básicamente es que ninguna conclusión seria del análisis económico debe sus méritos a la particular influencia de alguna filosofía o de algún filósofo. La seriedad y veracidad de tales conclusiones se debe en todo caso al correcto empleo de los legítimos instrumentos de los que debe valerse el análisis económico.

Lo primero que debemos decir es que Schumpeter tiene razón al sostener que difícilmente *algún* filósofo o *alguna* filosofía haya influido positivamente en el análisis económico. Nosotros pensamos lo mismo. En una época en que la economía se especializa cada vez más, desarrollando nuevas y mejores técnicas de análisis propias, nos cuesta creer que los economistas acudan antes de todo análisis al pensamiento de un filósofo para recibir de él la orientación útil y necesaria para su posterior estudio de los fenómenos económicos. La experiencia parece demostrar que las cosas ocurren más bien al contrario: cuando sus conclusiones suponen una ruptura con el consenso científico de la comunidad a la que pertenecen, experimentan algo así como la necesidad de invocar la autoridad de algún prestigioso pensador que avale los resultados y aún los principios en que sustenta la nueva teoría. La mayoría de las veces esto implica hacerle decir a un filósofo lo que no necesariamente dijo, o bien forzar sus ideas al

¹⁹ *Letters and Journal*, ed.cit., pág. 101.

punto que la interpretación de las mismas legitime el resultado de sus investigaciones. **Las frecuentes menciones de Bentham en la obra de Jevons** parecen marchar en este último sentido.

Pero hay algo en lo que no podemos estar de acuerdo con la tesis de Schumpeter, y es en la absoluta irrelevancia de la filosofía -no ya de un filósofo determinado- para el análisis económico. Si entendemos la filosofía como lo que realmente es: el estudio de toda la realidad en sus principios últimos y en sus causas, debemos admitir que la reflexión filosófica, «recuperadora» del sentido último de todas las cosas, recoge los elementos esparcidos por el análisis y los unifica en una totalidad de sentido capaz de dar respuesta a la pregunta por el *por qué* de las cosas. La lectura de Murray Rothbard, Henry Spiegel, Emil Kauder, Marjorie Grice-Hutchinson, Orestes Popescu en nuestro país, y otros exponentes de la corriente "revisionista" de la historiografía del análisis económico nos han convencido ampliamente de ello. Veamos por qué.

Es conocido el punto de vista de Grice-Hutchinson sobre la prehistoria de la teoría subjetiva del valor. Su libro *The School of Salamanca: Readings in Spanish Monetary Theory* aportó el brillante descubrimiento de los puntos de vista preaustriacos del valor subjetivo y de la utilidad hechos por los escolásticos españoles de fines del siglo XVI, y señaló que aun los trabajos de Aristóteles contenían un análisis del valor subjetivo basado en los deseos del "consumidor", rivalizando así con la concepción objetiva del precio justo basado en el *trabajo* y en los *costos*. Pero Murray Rothbard agrega que durante y después del siglo XVI, la Iglesia Católica Romana y la filosofía escolástica soportaron un ataque virulento, primero por parte de los protestantes y luego de los racionalistas. El resultado no fue tanto eliminar la influencia de la filosofía y economía escolásticas como la de **disfrazar dicha influencia**, porque sus declarados enemigos omitieron frecuentemente citar sus escritos. Por ejemplo, el gran jurista holandés protestante de comienzos del siglo XVII, Hugo Grocio, adoptó en muchos aspectos la doctrina escolástica, especialmente en la *necesidad* y la *utilidad* como determinantes principales del valor, y en la importancia de la estimación común del mercado en la determinación del precio. Grocio cita explícitamente a los escolásticos españoles Azpilcueta y Diego de Covarrubias.

Posteriormente las doctrinas económicas y jurídicas de Grocio fueron seguidas muy de cerca por el jurista luterano suizo Samuel Puffendorf, a fines del siglo XVII. Pero ya Puffendorf, a pesar de seguir a Grocio en la utilidad, en la escasez, y en la determinación del precio y del valor por la estimación común del mercado, **deja de lado todas las citas de las influencias escolásticas sobre su maestro**. Por eso, cuando la doctrina de Grocio fue llevada a Escocia por el profesor de filosofía moral en Glasgow Gershom Carmichael (1672-1729), traducida al inglés por Puffendorf, **el conocimiento de las influencias de los escolásticos se perdió**. Con el sucesor de Carmichael, Francis Hutcheson, la teoría de la utilidad es debilitada por las teorías del trabajo y del costo de producción, hasta que finalmente, en la época en que Adam Smith -discípulo de Hutcheson- escribe *La riqueza de las naciones*, la influencia de los escolásticos ya ha desaparecido definitivamente. Sin embargo, la influencia escolástica sobrevivió algo más en los economistas del continente europeo, especialmente en los

países católicos. De este modo, no es extraño leer con cierta frecuencia que el brillante abate italiano de mediados del siglo XVIII, Fernando Galiani, haya sido el inventor de los conceptos de utilidad y escasez como determinantes del precio. Pero la verdad es que Galiani había leído a Covarrubias, tal como muestra una cita explícita de una de sus obras. Después de Galiani, el papel central de la utilidad y la estimación común del mercado se extendió a Francia por obra de los abates Etienne Condillac y Robert Jacques Turgot. Reconociendo únicamente a Galiani como su predecesor, Turgot se hizo eco de la Escuela de Salamanca al afirmar que los precios de los bienes y el valor del dinero son el resultado de la «estimación común», es decir, de las apreciaciones subjetivas de los individuos presentes en el mercado.

Emil Kauder reflexiona "filosóficamente" acerca de esta extraña persistencia de la teoría de la utilidad y de la teoría subjetiva del valor en el continente, junto con el ascenso y dominación de la teoría de la cantidad de trabajo y del costo de producción en Inglaterra²⁰. Intrigado particularmente por el hecho de que los subjetivistas franceses e italianos de antes del siglo XIX fueran todos católicos, a la vez que los economistas ingleses eran todos protestantes, más precisamente *calvinistas*; Kauder llega a la conclusión de que la formación calvinista era la que había llevado a Locke y a Smith a sostener la teoría del valor trabajo. Los calvinistas creían que el trabajo o la mano de obra eran divinos, y que el éxito económico en la sociedad civil, producto del esfuerzo y del trabajo, es una clara señal de predestinación, porque con ello el hombre se muestra colaborador y constructor de la mayor gloria de Dios. Max Weber fue quien sostuvo paladinamente esta tesis, hoy indiscutida, en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

Por otra parte, Kauder observa que hasta la mitad del siglo XVIII las universidades francesas e italianas estaban dominadas por la filosofía aristotélica, particularmente enseñada por los jesuitas hasta su expulsión y supresión como orden religiosa en 1773. En contraste con el calvinismo, la filosofía aristotélica-tomista no glorificaba el trabajo o la mano de obra como divinos "per se": el trabajo puede ser necesario, pero "moderado" en la "búsqueda del placer y la felicidad". Si el placer en una forma moderada es el propósito de la economía, luego, siguiendo el concepto aristotélico de causa final, todos los principios de la economía -incluyendo la valuación- deben ser derivados de él. Si bien Kauder admite que sus conjeturas no pueden ser "probadas", y que el asunto no es tan fácil de resolver en el especial caso de Jevons, ofrece sin embargo una intrigante explicación del fracaso de Alfred Marshall en adoptar la teoría completa de la utilidad marginal, y en lugar de eso, dejarla a un lado en favor del recrudescimiento de la teoría del costo de producción de Ricardo. Esa explicación descansa en la indudablemente fuerte formación calvinista y evangelista de Marshall.

Henry Spiegel defiende esta misma intuición cuando analiza la demora en aceptar los principios de la utilidad marginal en la corriente principal de la tradición clásica:

²⁰ KAUDER, Emil. *The Retarded Acceptance of the Marginal Utility Theory*. Quarterly Journal of Economics 67 (Novembre 1953), pp. 564-575.

«...Durante la primera mitad del siglo XIX Bentham y ciertos economistas académicos de Oxford y Dublín habían subrayado la importancia de la utilidad como determinantes del valor, y señalaron incluso que la utilidad de una cantidad creciente de un bien disminuye conforme aumenta la cantidad total de dicho bien. Debido a la poca inclinación de Mill a desarrollar una teoría completa del consumo en coordinación con las teorías de la producción y de la distribución, estas ideas no fueron absorbidas dentro de la corriente principal de la economía clásica. La repugnancia de Mill a hacer tal cosa, se debe a que el desarrollo de la teoría del consumidor según el principio de la utilidad marginal, hubiera socavado la teoría del valor-trabajo, como hizo realmente años más tarde. Al querer Mill adherirse a la estructura del sistema clásico, de la que la teoría del valor-trabajo era como el coronamiento, Mill se vio obligado a dejar de lado las sugerencias hechas por Bentham y por los economistas de Oxford y de Dublín...»²¹

Ante la ineluctable pregunta de por qué Jevons abandona la teoría del valor-trabajo, en el seno mismo de una Inglaterra dominada por la tradición clásica, Spiegel nos ofrece una respuesta semejante a la de Kauder, que intenta descubrir las "razones últimas" de este significativo hecho. En su opinión, fueron las diversas circunstancias que rodearon al nacimiento de la teoría del valor-trabajo y las imperantes en tiempos de Jevons las que dan una explicación congruente del fenómeno. Cuando Locke aludió a la teoría del valor-trabajo, lo hizo dentro del contexto de su teoría de la propiedad-trabajo, que estaba destinada a afianzar la propiedad privada frente a los gobiernos despóticos y arbitrarios. Desde entonces habían pasado doscientos años, los gobiernos se habían suavizado -al menos en Inglaterra- y en la era victoriana, en la que a Jevons le tocó vivir, la seguridad de la propiedad privada aparecía lo suficientemente fuerte como para inclinarse a adoptar la teoría de la propiedad-trabajo, que ya había sido en realidad reemplazada por otras teorías desde hacía tiempo. En las nuevas circunstancias, era momento ya también de descartar el corolario de dicha teoría, es decir, la teoría del valor-trabajo, y esto con más razón si consideramos que los socialistas ricardianos y luego Marx habían cambiado por completo la función de la teoría del trabajo, que en el contexto de Locke estaba destinada a proteger la propiedad privada. De ser un instrumento de santificación de la propiedad privada, pasa a ser un instrumento de denigración de dicha forma de propiedad, la cual era considerada en la teoría de la plusvalía como resultado de la explotación. De esta manera concluye Spiegel su razonamiento:

«...El texto de Jevons no indica que él fuera consciente de todas estas consideraciones, pero **ellas nos ayudan a comprender la facilidad con que fue descartada la teoría del valor-trabajo cuando el siglo XIX estaba llegando a su fin...**»²²

Como puede observarse, ninguna de las razones filosóficas expuestas puede ser comprobada "empíricamente", dado que los economistas volcados al análisis económico difícilmente se ocupen de expresar los motivos y las razones "metaempíricas"

²¹ SPIEGEL, H. W. *Op. cit.*, pág. 597.

²² SPIEGEL, H. W. *Op. cit.*, pág. 608.

que los llevan a orientar su búsqueda en una determinada dirección -la mayoría de las veces se trata de cuestiones carentes de todo interés hasta para sus mismos autores-. Pero aun cuando así lo hubiesen hecho, la razón especulativa no puede quedar atada únicamente al dato de los sentidos, ya que por medio de legítimas abstracciones y del manejo de los principios lógicos y ontológicos evidentes por sí, ella puede remontarse a las causas que no "aparecen" en los fenómenos, pero que dan cuenta razonable de su mismo devenir. En última instancia, la *adaequatio intellectus et rei*, único criterio posible de verdad, le permite a la razón especulativa asegurar la veracidad de sus reflexiones tomadas de la misma realidad.

CONCLUSION.

A la pregunta de cuáles han sido las influencias filosóficas que pesaron en la formulación de la teoría de la utilidad marginal de Jevons hemos dado una doble respuesta: el utilitarismo de Bentham por un lado, y el logicismo matemático de su primera formación por otro. Esta segunda influencia tiene sus orígenes en la obra del lógico y matemático británico George Boole, creador del *álgebra de la lógica* (primer sistema de lógica matemática) o *lógica simbólica*, a quien Jevons cita expresamente como su predecesor en su primera obra: *Pure Logic or the Science of Quality apart from Quantity*, de 1864.

Schumpeter sostiene que tales influencias solamente tienen un reducido alcance, principalmente en lo que hace a cuestiones abstractas y especulativas, afirmando que solamente las cuestiones lógicas y metodológicas pueden haber conducido a los economistas a la correcta selección de los instrumentos de su análisis. Tal es la conclusión a la que ligeramente podríamos arribar si tenemos en cuenta que Walras conoció y estudió a Descartes, y Menger fundamentalmente a Aristóteles. Si los tres fundadores del marginalismo reconocen influencias filosóficas tan diversas e incompatibles entre sí, y a pesar de ello llegan a resultados semejantes, lo correcto sería pensar que tales influencias no pasan de ser meras citas célebres que realzan más el propio texto y lo adornan con la gracia y la autoridad de los grandes pensadores.

En contra de esta opinión, hemos visto que existen otros factores que explican la evolución y los cambios de paradigmas en las ciencias, y que la pretendida "pureza" del análisis económico se diluye cuando reflexiones como las de Kauder, Spiegel y Grice-Hutchinson nos muestran la necesidad de acudir al **pensamiento filosófico** en busca de ciertas claves que nos ayuden a comprender mejor aquellos cambios y el sentido de los mismos. No debemos olvidar que, cuando se los desarrolló al comienzo, estas teorías marginalistas y sus métodos parecían formar parte de los fundamentos de la *economía científica*, especialmente de una economía que nos ayudaría a tomar decisiones acerca del mejor uso de los recursos nacionales para producir la *máxima utilidad*, por ejemplo. Pero subsisten aun hoy numerosas preguntas acerca de estos métodos. En la actualidad "*seguimos con el problema de si llegaremos alguna vez a medir la utilidad*", afirma Charles E. Dyke en su obra *Filosofía de la Economía*. Si no podemos responder a esta pregunta, no podremos ni siquiera dibujar los gráficos. Los

economistas han estado concientes de los problemas que plantea la medición de la utilidad durante 200 años. Pese a ello, se atuvieron a la utilidad como principal concepto de valor, y es fácil comprender por qué:

«...Ningún otro concepto de valor parece ofrecer esperanzas de llevar a una teoría cuantitativa del valor: una teoría que pueda expresarse en términos científico-matemáticos. En verdad, la teoría de la utilidad parecía tan fundamental para la economía, que los economistas procedieron a desarrollar sus teorías como si el problema de la medición tuviera una solución -quizás a la vuelta de la esquina-. El problema de la utilidad marginal decreciente... es sólo uno entre los muchos ejemplos de teorización económica en que se supone que la utilidad es mensurable...»²³

²³ DYKE, Charles E. *Filosofía de la Economía*. Bs. As. Paidós. 1983, pág. 65.